

Hacia una Biotipología de Hispanoamérica

Por RAFAEL ANTONIO GOMEZ CUEVAS

Es esta en verdad una historia repetida; es el viejo tema de encontrarnos con nosotros mismos y entender mejor algunas cosas. Bien, Madrid, 1954, 55, 56... estudiantes de Hispanoamérica, "hombres en cierne", hemos venido a Europa con el afán de comprenderla y ahora lo que ya no entendemos es la América morena, nuestras tierras y su gente. Y es que —no por conocido menos cierto— es el hecho de cómo es posible "definir" en el momento un país europeo; más aún, es tan exquisitamente peculiar y específica su manera de ser individual, que es posible que la mera reacción de ese individuo nos de ya hecha la etiqueta de su nacionalidad. No nos metamos por las veredas psicológicas —allí son fáciles las conclusiones—; basta un hecho natural y diario: todos sabemos que ante él obran distinto un francés, un inglés o un español. Hasta parece que tengan de antemano trazada su respuesta. Es evidente que en la estructura temperamental de un nacional de Francia, por ejemplo, influirán calificando raza, clima, tradiciones, etc. Es un proceso especial, una elaboración lenta y metódica y difícil. Dice Virgil Georghicu en uno de sus libros, que se han necesitado más de 2.000 años de la terrible historia de Francia para que hoy la mujer parisina sea la única en el mundo que sabe usar el Agua de Colonia... Algo irónico, pero es un punto a favor de la importancia de la antigüedad histórica y de su influencia. El alemán enchapado moralmente de disciplina y rectitud militares, ha dado al mundo ejemplo en sus soldados; hoy se creería que ya todo pasó, parecen apacibles, y basta que a uno de ellos se le ponga un uniforme militar para que cambie totalmente. Este darle tanta importancia a una guerrera, es el pedacito que tiene la historia de influencia, es lo que hace natural a un hombre del Rhin, lo que no entendería jamás un ginebrino; es, al fin, el recuerdo en el carácter germano de su vecina Prusia...

Y podrían prolongarse los ejemplos, mas realmente no hace falta probar nada. Es ya sabido: importa la historia en el por qué de

obrar distinto los unos de los otros, importa también, seguro de ello, el factor raza; un negro, un japonés, un árabe, son distintos porque sí, no sólo en su faceta intelectual; va más allá la diferencia; los médicos saben bien de la predilección de cierta patología en alguna raza, que no es sólo condición del clima, es del color de su piel o la forma de sus ojos y del pelo. Los que se han ocupado de esa rama de la medicina tan interesante que es la biotipología: Viola, Pende, Krestchmer, conocen y ya lo han probado, la relación sorprendente de la figura corporal con la sique: cierta enfermedad, la epilepsia esencial, se da en el tipo atlético, de temperamento viscoso y enérgico. El Stillerman es un enfermo de disminución, de déficit del tono... Se dirá que hemos desviado la corriente llegando al individuo, pero es que si se considera a un pueblo vivo, justo es darle cuerpo y alma; aquél el sustrato de raza y protoplasmas mudos; ésta el curso de la historia. Y esto, el estudiar la Biotipología (permítase la expresión) de nuestros pueblos, es lo que nos tiene reunidos en torno a estas palabras.

En nuestros antecedentes personales tenemos a España, la América indígena y los negros; hoy somos una mezcla y el resultado de esta aleación más unos años de historia propia, más un clima especial y unos cuantos factores económicos, sociales y políticos que matizan y complican más el cuadro. Teleológicamente podría resolverse un final más o menos cierto considerando todos los factores en su adecuada proporción e importancia; a través de la geografía de España, qué regiones y costumbres y cosas han tenido más influencia o importancia y en qué medida; la civilización indígena considerada primero globalmente como tal, desde México a Patagonia, y luego localmente, bajo el concepto de pueblo o de tribu —labor esta última difícil—; los peculiares caracteres del negro importado a nuestras tierras; un breve repaso a la Conquista y la Colonia, nuestros primeros años de república, la complicada y especial biografía política de Hispanoamérica y el hoy de nuestras tierras; y luego darle su papel al calor y al frío, y a la selva o los llanos, sin olvidar el mosquito, los pantanos, las montañas; clima y suelos importando mucho en la vida económica y social. Y un rasgo más, importantísimo: la religión, suavizando o exaltando...

Y un final.

Echemos a andar: España, una mujer con muchas caras; la trágica y estoica "Tierra de Santos y de Hidalgos", la de Ignacio —hacer religión con un ejército— la que admira Thomas Mann. España como significado escurialense "nada da idea de El Escorial ni Windsor en Londres, ni Petrhoff en Rusia, ni Versalles en Francia; el Escorial sólo puede compararse a sí mismo, es un pensamiento tallado en piedra..." —dijo Dumas. El Escorial es una misa perpetua por el alma de los españoles muertos en batalla. No es que nos valgamos de esta "Octava maravilla" para encontrar por ella misma a España; es que llevados de la mano de la historia topamos con la figura del rey monje, Felipe II, el constructor de este gigante de piedra, cuya plan-



ta figura la parrilla donde recibió el martirio San Lorenzo y tiene 2.700 ventanas, 86 escaleras, 89 fuentes y 160 kilómetros de pasadizos y galerías. Y este Felipe II conmemorando la victoria de San Quintín de esta manera, si es ya una concepción de España, que invita a la meditación; es un poco Don Quijote, un “esforzado”, creador de un “esfuerzo” en piedra viva, un español, un hombre de voluntad, de mucha voluntad. “He aquí la genuina potencia española. Sobre el fondo anchísimo de la historia universal, fuimos los españoles un ademán de coraje. Esta es toda nuestra grandeza, esta es toda nuestra miseria”, resumía Ortega y Gasset. ¿Nosotros, tendremos algo de esto?...

Otra cara de España: esta vez de pandereta y canciones, de fiestas y alegría; pero veamos: ¿entre la alegría de la música estará resuelta España? A todos se nos pega como un cálido contagio runruniente la voz de las tierras que corremos; es como un eterno “souvenir” romántico; el nexo que ha escrito el corazón junto al recuerdo grato y sentimental de una canción... quizá ligero... alejándose a veces, rozado por el inquieto murmullo de atareados pasillos, rebotando contra una incolora multitud: un bandoneón francés tocado por un ciego, en una estación del Metro nos enseñaba así a París, un pedacito de música, las circunstancias, más que muchas palabras para entender París. Hasta hay épocas que se definen por su música. Entonces, quizá... música de España, de Granada. Allí hay que ir de noche, la nostalgia oscura de esos rostros gitanos, que prefieren vivir entre las cuevas y no perderse de ver en frente y siempre los perfiles de la Alhambra y El Generalife; allí hay que pararse, con los ojos abiertos, a escuchar y a soñar... Hay un aroma de belleza que emborracha, los patios, los jardines, las flores y las fuentes de los palacios árabes y el agua que corre eternamente... Y sobre todo, el sabor esquivo de quién sabe que ancestros y leyendas moras; allí la música es distinta a todas, duele en los sentidos, es la música de la noche, compuesta por la tragedia de un amor imposible, por uno de esos sultanes que tanto amaban las flores... El poeta del Adelfos... “Tengo el alma de nardo del árabe español. Mi ideal es tenderme sin ilusión ninguna. En mi alma hermana de la tarde no hay contornos. Que la vida se tome la pena de matarme ya que yo no me tomo la pena de vivir”. Esta “filosofía” oriental en que pensamos oyendo la música en Granada, esta herencia mora, ¿pesará también sobre nosotros?

No lejos de Granada está Sevilla, la de la Feria de abril; todo es diferente en Sevilla; todo es luz y sol, y colores de blanco y de vino oro. España está aquí entre la franca alegría de estas lindas mujeres sevillanas que bailan en las calles o pasean a la grupa de un caballo con adornos jerezanos; este ambiente de Feria es único en el mundo y con qué solera: no todos pueden aquí tener una caseta llena de flores, de música, de mujeres preciosas, de vino incomparable, ni pasear por “El Real”, cantar y bailar, ver todo lleno de trajes de colores y de risas. ¡Oh, no! no todos pueden verlo ni sentirlo. Se-

villa en Feria es solo para una clase única de hombres: los españoles de Andalucía, gentes de otras partes van allí, miran, oyen y se asombran. Porque Sevilla no es sólo la Giralda, o la Torre del Oro, ni siquiera el bello Parque de María Luisa; es un poco del barrio de Santa Cruz, es realmente el carácter andaluz, el ambiente, ese “no sé qué” de la calle de Las Serpes. Buen humor, paladar fino para el vino, gracia en el piropo a sus “guapas”, charla amena y feliz, tendencia a la alegría en la escala diatésica como diría un siquiatra; es el paradigma andaluz, un sevillano. Si rebuscamos en nosotros mismos, hispanoamericanos, ¿encontramos algo de esto?

Y ya son varios los interrogantes que nos hemos hecho. De contestación afirmativa todos ellos y de fácil demostración como veremos más adelante; pero antes, otro aspecto de esta España de alegría: asombro del turista que va a las fiestas de San Fermín en Pamplona. Pamplona es la capital de Navarra, la tierra de los hombres nobles y francos, la tierra de “... La libertad es aún más digna de amor que la propia vida...” Debemos considerar al pueblo navarro en y fuera del San Fermín. En la vida diaria —casi repitiendo— son buenos, amables, serviciales, muy unidos; símbolo suyo en el cuartel del Reino del Escudo de España, son las cadenas. Llega el 7 de julio... y San Fermín y entonces ya nadie entiende a los navarros. Si como ya decíamos, el baile, la música, pueden quizá definir por lo menos en un momento las facetas anímicas de un “pueblo”, al llegar aquí habrá primero que conocer ya bien un largo retazo del alma española.

San Fermín: durante siete días continuamente se canta y se baila por las calles; por las mañanas los mozos se tiran al callejón y corren delante de los otros y luego en la plaza hacen murallas humanas frente a la puerta de toriles. Cuando al salir del corral las vaquillas rabiosas y asustadas arremeten con fuerza, se ve entonces, como en una explosión, volar en todas direcciones los cuerpos de los mozos y la vaquilla pasar al otro lado de la barrera improvisada. Quedan siempre en el suelo uno o dos conmocionados; algún año en el “encierro” hubo cinco o seis muertos y las fiestas siguieron. Hay que ir allí con un estado físico estupendo, vestido como quiera pero con un pañuelo rojo atado al cuello y sin olvidar una bota pamplónica, con buen vino y bien llena. Esta es la “guerre a la tristesse” como tituló un francés un libro sobre esto. A los tres días de fiesta lo único que hace tenerse en pie es el deseo de pasar más allá de la felicidad de los sentidos; hay un contagio especial, una locura que impulsa a todos a beber más y gritar y bailar y reír más. Viendo esto Hemingway se enamoró de España. Esta es integral y verdaderamente una “fiesta”, como dice él... ¿Habrá influido en nosotros este loco español, que crea y vive allí en Pamplona estas orgías? O también aquellos valencianos que durante un año están trabajando, modelando figuras de cartón de talla inmensa, para quemarlas en una sola noche en Valencia; en la noche de San José arden 150 “ninots” entre la alegría de otras tantas bandas de músicos. Las “Fallas” son una fiesta en donde en la apoteosis final de los fuegos de artificio, el ruido llega al



máximo de lo que resisten los tímpanos; el cielo está lleno de luces de artificio y en la ciudad hay 150 hogueras y alrededor gente bailando. Estas Fallas y las hogueras de San Juan en Alicante, son una nueva impronta de la España de fiesta... ¿hay algún recuerdo de esto en nuestras fiestas?... Indudablemente sí; Valencia y Pamplona, en los carnavales de La Habana, de nuestra Cartagena, de Río... en México y Centroamérica donde no hay fiestas sin fuegos de artificio y canciones... Sevilla y su carácter lo encontramos en ese especial desenfado de las gentes del Caribe, la tierra del "salero" ha dado aquí un tipo especial —si quitamos lo "pegajoso" del trópico es: alegre, comunicativo, fiestero, poco previsor, despreocupado y feliz... Aquella influencia mora que vimos en Granada está en la música nuestra, en las "plenas" del Puerto Rico, está en el amor y en el culto a la naturaleza del campesino de los Andes, del boliviano y del chileno... está presente en "Una noche toda llena de murmullos, de perfumes y de música de alas..."

Hace un tiempo me entretuve en hacer un mapa de Colombia de acuerdo con sus más distinguidas regiones, en costumbres y los núcleos de influencia española por provincias. Y así encontré la gente de Aragón en nuestros Santanderes, sobre todo el del sur; a los andaluces en toda la costa del Atlántico; los vascos: trabajo e industria, los apellidos Uribe, Aristizábal... gente prolífica, apegada a las tradiciones de la familia... en Antioquia, Caldas... La tierra de los conquistadores, los "empecinados", Extremadura al sur de España, está también en Colombia al mediodía: Nariño, donde se hicieron fuertes los realistas y hay aún familias con apellido español, único en Colombia. Y más, Madrid y Bogotá con Chamberí y el barrio de Belén, la Puerta del Sol en San Francisco, la Gran Vía en la Calle Real y la carrera séptima, los barrios del norte claros, soleados y crecientes en las dos. ¡Si hasta están sobre una meseta, en el centro de todos los caminos una y otra! Pasando en tren por Santa Fe, la tierra de Gonzalo Jiménez de Quesada, se ve un pequeño pueblo extendido al pie de dos montes gemelos y se me vino a la memoria la otra Santa Fe, con sus cerros de Monserrate y Guadalupe protegiéndola... Y supe entonces por qué Jiménez de Quesada eligió ese sitio un 6 de agosto para recordar su patria chica...

¿Y el coraje? ¿La España del Quijote, del Escorial y de Felipe? Está presente desde los llaneros de Páez, los militares mexicanos de que habla Blasco Ibáñez, hasta nuestro momento político social más reciente. Destruyendo y reformando esta herencia de Iberia con ese loco y apasionado afán de cosas e ideas nuevas, ha ido trastocando y barajando toda nuestra historia y no es por el mismo semen del "coraje", sino por lo que él trae aparejado: la ambición y el descontento. Quizá hubiera sido mejor —para nuestros problemas de hoy— un más pacífico acervo, pero... "¡Los españoles, los españoles... he ahí hombres que han querido ser demasiado!" —dijo Nietzsche—.

Es obvio que nuestro bagaje cultural más estricto tiene un claro origen hispánico y como ya dijimos matizado por influjos sociales,

económicos y religiosos. La religión en su aspecto de fervor popular es "sui generis" en España. Baste citar la Semana Santa de Sevilla, famosa en todo el mundo por su esplendor y belleza, por sus pasos tan ricamente adornados por el Cristo del Cachorro, la Virgen de la Macarena y la de la Esperanza de Triana, con el incomparable marco de Sevilla al atardecer... Pero lo más característico es la "Saeta" que no tiene otra descripción que ésta: "Saliendo de no se sabe dónde, entre el gentío, una voz, un largo lamento desgarrado, que se repetía más y más alto y más triste, que parecía herir el aire con cuchillos cruzando entre el incienso que envolvía la imagen y desparramándose estremecedor por las paredes de las casas, hasta perderse en un recodo, la saeta es algo que nunca olvidaré". La cantan a los "pasos" en Sevilla, en Málaga; los gitanos en Granada... Bien distinta es en cambio la Semana Santa en Castilla, Valladolid, Zamora, Cuenca. Allí la emoción es de sobrecogimiento al contemplar los descarnados nazarenos de Juan de Juni, de Gregorio Fernández o las maravillosas piezas escultóricas de Berruguete que hacen —como dice Marañón— con sus gestos misteriosos un telégrafo de señales al mundo de la eternidad. Esto y la austeridad, triste y sobria del ambiente, el compás de duelo de tambores y cornetas, el ruido de las cadenas de los penitentes y la larga procesión... el otro lado del alma religiosa de España...

Que ha llegado, en sus dos vertientes, hasta nuestros más pequeños pueblos hispanoamericanos...